

## CRÍTICA DE OPERA DE BORIS GODUNOV: EL BORIS DE LA OBVIEDAD

**PABLO MELÉNDEZ-HADDAD**

**Música: M. Musorgsky. Libreto: M. Musorgsky, basado en Pushkin. O. S. del Liceo. Dirección: S. Weigle. Dirección de escena: W. Decker. Escenografía y figurines: J. Macfarlane. Coro del Liceo, Cor de Cambra del Palau, Cor Vivaldi. Gran Teatro del Liceo, 29 de septiembre.**

La primera en la frente: este «Boris» que inauguró la temporada liceísta se «vendió» como si fuera el estreno en España del «Primer Boris», esa versión que Musorgsky dejó sin orquestar y que nunca estrenó, cambiándola más tarde por la de todos conocida que incluye el Acto de Polonia. Al final, «ni chicha ni limoná»: si bien es cierto que desapareció Polonia y que se acaba con la muerte de Boris, sí se incluyeron muchas de las escenas preparadas por Musorgsky para su segunda versión, desde aquella en la que reinan la Hostalera y su aria hasta el encuentro de Boris con el zarevich y la zariévna, con la «Canción del Mosquito», aunque se recortó el pasaje en el que Feodor recita los ríos de Rusia. Más que de rigor histórico o musicológico, a la versión le faltó coherencia: Sebastian Weigle, el nuevo director musical de la casa, optó por debutar en medio de esta ambigüedad.

La atractiva producción de Willy Decker llegó cargada de espíritu divulgativo, aunque cayendo muchas veces en lo obvio: si sus infaltables sillas ahora se transformaron en evidente trono tambaleante, los planos fueron cambiados por maquetas gigantes y los juegos de pelota con la corona se traducían en luchas por el poder; los dorados como símbolo del lujo sonaron a «dejà vu» y la omnipresencia del infante asesinado en el magnicidio del comienzo funcionó como imagen obsesiva, pero forzó de tal manera el libreto que acabó por cansar cuando la imagen suplantaba a todos los íconos y hasta los mantos mortuorios. Lo peor es que faltó emoción donde reinó la estética: ni siquiera el asesinato del zarevich alcanzó a impactar, aunque las tintas se cargaron en la escena de la coronación.

Las impresionantes paredes de metal desgastado de la escenografía de John Macfarlane funcionaron en la mayoría de las escenas, salvo en aquellas más íntimas, despojadas de elementos corpóreos. El coro apareció muy bien preparado, con un ruso incluso mejor que el de algún solista, correctamente reforzado por el Cor de Cambra del Palau; sólo se apreció algún desajuste en la primera escena. La Simfònica liceísta ofreció una labor encomiable, bien conducida por un Weigle de ideas claras; si los vientos se escucharon concentrados, los fallos en las violas no alcanzaron a desteñir el resultado.

El Liceu se curó en salud con un reparto sólido; el Boris de Matti Salminen -que interpretó aquí el papel hace dos décadas- se atuvo a lo indicado en la producción, mostrando un personaje con mucho de Macbeth; su entrega fue impecable salvo por alguna nota aguda extrema. Lo acompañaron auténticos especialistas, desde ese generoso Pimen de Eric Halfvarson, puro goce vocal, hasta ese acalorado Grigori esculpido por Pär Lindskog. Los históricos Philip Langridge, Anatoli Kotcherga y Stefania Toczyska demostraron su poderío, mientras que los jóvenes Brian Azawa, Albert Schagidullin, Francisco Vas y Marie Arnet descollaban por su calidad.